Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 34.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Explicacion del grabado de modas.—Cubre-tiesto: labor al crochet —Flores de lana. — Jazmin. — Saltambarca con volantes. — Alfabeto de estilo de la edad media y coronas de capricho. — Las mujeres de nuestro siglo.—La ciudad de Alcaraz.— A su retrato.—El olvido. — La hoja. —Soneto. — Un año de matrimonio.—Reflexiones sueltas sobre la moda. — Explicacion del figurin iluminado.

Explicacion del grabado de modas.

Trage de tafetan gris, guarnecido con un rizado encañonado de cinta violeta; encima de este rizado se halla un entredos de encage negro, que sube formando columnas de trecho en trecho; al rededor de algunas de las rosáceas del entredos van colocadas hojas, formadas con cabos de cinta violeta. Corpiño montante. Mangas semi-anchas, guarnecidas como el trage.

Trage de muer color maiz. La enagua se guarnece con tres cintas de terciopelo negro dispuestas en forma de puntas; en los intervalos que las separan se hallan dos volantes encañonados. Corpiño con solapas. Mangas semi-anchas guarnecidas como la enagua, abiertas por el codo, de modo que dejen pasar las mangas interiores blancas.—Cuello liso, armado sobre una camiseta con pechera.

Cubre-tiesto: labor al crochet.

MATERIALES.—40 á 48 gramos de lana céfiro de diferentes colores; un cro-

GRABADO DE MODAS.

© Biblioteca Nacional de España

chet adecuado; carton blanco fino; alambre fino.

Esta labor tiene por objeto cubrir la fea apariencia de los tiestos de flores que se hacen de barro encarnado ordinario, y que son indispensables para la salud de las plantas.

Nuestro modelo, armado sobre carton blanco, se hace con cinco puntos de color de lana céfiro gris; el borde superior y el inferior se guarnecen con hojas ejecutadas con lana verde: una guirnalda de campanillas, de colores vivos y variados, adorna la parte media; el cubre-tiesto tiene unos 16 centímetros poco mas ó menos de altura.

Se toma el gris mas oscuro, se hace una cadeneta de 100 puntos, se une el último al primero, y se trabaja sobre este círculo, no en espiral, sino con vueltas cerradas; se hace alternativamente una vuelta llena y otra calada, y se toma un color mas claro cada vez que se han hecho dos vueltas.

La primera se compone de puntos sencillos, hechos sobre alambre, el cual se emplea para todas las vueltas *espesas*, es decir, compuestas de puntos sencillos: para no tener que cortar el dicho alambre, se le lleva por el borde de la vuelta calada, hasta llegar á la que viene despues, que es espesa, segun se ha dicho. En la 2.ª vuelta (que es calada) se hace alternativamente una brida, — un punto en el aire, bajo el cual se pasa un punto de la vuelta anterior y se pica siempre el crochet en el lado de detrás del punto. La 3.ª vuelta se hace, como se ha dicho, con el segundo punto del gris: se compone de puntos sencillos, sobre el alambre: en estas vueltas tupidas es donde solamente se crece el número de puntos para ensanchar el cubre-tiesto. La 4.ª vuelta se ejecuta del modo siguiente: 2 puntos en el aire, que figuran la 1.ª brida, — 1 brida en el 2.º punto de la vuelta anterior, de modo que un punto separe por abajo las dos bridas, — luego 4 puntos en el aire, — una brida en la última que se ha hecho, lo cual figura una especie de cruz, — * un punto en el aire, — se echa la hebra dos veces sobre el crochet, como si quisiera hacerse una brida doble; — se pica el crochet en el 2.º punto de la vuelta anterior, pasando por consiguiente por encima de un punto; se tira de la hebra, se la vuelve á tomar, se la pasa al través de la última asa formada sobre el crochet, y á la vez al través del 2.º *echado* que se halla tambien sobre el crochet; despues, sin terminar la brida doble, se pasa un punto de la vuelta anterior se hace una brida en el siguiente, se pasa la hebra dos veces por todas las asas que se encuentran sobre el crochet, como se hace para terminar una brida doble, — un punto en el aire, — una brida en el medio del grupo de bridas para formar una especie de cruz: se vuelve á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta: en este sitio se liga la última cruz á la primera haciendo un punto-cadeneta el 3.º de los 4 puntos en el aire. Ha de cuidarse de que no se encuentre ninguna irregularidad al fin de las vueltas en el espacio que separa las bridas cruzadas.

Se repiten las 4 vueltas descritas, cambiando de punto de color despues de cada dos: la 9 y 10 se hacen con el mas claro, así como la siguiente (tupida), — despues se continúa en sentido inverso respecto á los puntos de color, de modo que cada vez vayan siendo mas oscuros. Las vueltas 18 y 19 se hacen con el mas oscuro; el fondo está terminado: el borde superior tiene 53 centímetros de ancho (154 puntos).

Para las hojas del borde dicho se hace con lana negra una cadeneta de 18 puntos, — se pasa el último, — se hace uno sencillo sobre cada uno de los 13 siguientes, — * 18 puntos en el aire, — se pasa el último, — uno sencillo en cada uno de los 13 siguientes, y se vuelve á comenzar 19 veces desde *. Despues de los 13 puntos de la última repeticion, se cierra la labor haciendo un punto-cadeneta en el punto que precede á los 13 primeros en el aire. La vuelta que forma las venas de las hojas se rodea con las dos siguientes.

1.ª *vuelta*. — Lana verde, punto medio de color. Se trabaja sobre alambre, lo que permitirá dar despues á las hojas la forma indicada en el dibujo. Se hacen * 4 puntos sencillos sobre los 4 en el aire que se hallan entre dos venas, despues, en uno de los lados de la vena siguiente, 4 puntos sencillos, — 2 medias bridas, — 2 bridas, — 2 bridas grandes, — 3 bridas triples, — 2 bridas grandes, — 2 bridas, — 1 media brida (estas 14 bridas se colocan dos á dos en un solo punto de la vena). En la punta se hacen 3 puntos sencillos en uno, despues se repite en el otro lado de la vena todo lo que se acaba de indicar para este. — Vuélvase á comenzar desde *.

2.ª *vuelta*. — Lana verde mas clara que la anterior; en cada punto de la vuelta precedente se hace otro.

Esta guirnalda de hojas se cose al borde superior; del mismo modo se hace la del inferior, la cual se compone de 13 hojas, y se la cose sobre la segunda vuelta tupida.

Guirnalda de campanillas. — Pueden ejecutarse estas flores bien al crochet, segun vamos á describirlas, ó bien en lana.

Las flores y los capullos podrán hacerse de un solo color ó de diversos para cada campanilla: se la ejecuta con tres puntos diferentes de un color.

CUBRE-TIESTO.

Con el mas oscuro se hace una cadeneta de 3 puntos, se une el último al primero, y se labran dos vueltas creciendo un punto en cada una; en seguida se hacen 3 puntos en el aire, que forman la primera brida, — * 3 en el aire, — una brida en el punto mas próximo de la vuelta anterior. Se vuelve á comenzar tres veces desde * y se liga el último de los 3 puntos en el aire (que se hacen despues de la última repeticion) á la primera brida formada por los 3 puntos en el aire; esto cierra la vuelta. — Se toma el 2.º punto de color y se hace * un punto sencillo en la primera brida de la vuelta anterior, — uno en el aire, — luego, en el medio de los 3 puntos en el aire mas próximos, se hacen 2 bridas dobles separadas por 2 puntos en el aire: se vuelve á empezar 4 veces desde *. El último punto en el aire se liga con el primero sencillo al comenzar la vuelta.

Se toma el punto mas claro de color: se hace * un punto-cadeneta en el sencillo de la vuelta anterior, — uno en el aire, — uno sencillo en cada uno de los 3 siguientes, y entre cada uno de estos sencillos uno en el aire, — despues uno en el aire. Vuélvase á empezar desde *. Despues de haber ligado el último punto con el primero de esta vuelta, se sujeta y se corta la lana: la campanilla está concluida.

Un capullo. Se hace de un solo punto de color (el medio ó el mas claro), se trabaja siempre á puntos sencillos de dentro afuera, y el revés de la labor se convierte en derecho del capullo. Se hace una cadeneta de 3 puntos, y se trabaja en espiral, creciendo un punto aquí y allá hasta tener 6, — luego se mengua gradualmente en la misma proporcion. Para las campanillas blancas, el primer color será amarillo, el segundo blanco ó gris claro, el tercero blanco de seda. Los capullos salen mejor con seda.

Las hojas y los tallos se hacen de diversos verdes: se emplean siempre dos puntos de este color. Describirémos una hoja de mediano tamaño, fácil será hacerlas mayores ó menores.

Se toma el verde mas oscuro: se hace una cadeneta de 15 puntos, — se pasa el primero, — se hace uno sencillo sobre cada uno de los 10 siguientes de la cadeneta. Se rodea esta vena como arriba se dijo, es decir, que se hace un punto-cadeneta en el último punto, luego 4 en el aire, — 2 bridas dobles en el primer punto libre, — 2 bridas grandes, — 2 bridas, — una media brida, — 4 puntos sencillos, — otros dos en el que se halla en la punta, despues se repite todo esto en el otro lado de la vena. Despues de las 2 bridas dobles se hacen 4 puntos en el aire, que se ligan al 1.º de los 4 que forman la cola de la hoja: se hacen puntos sencillos sobre los 3 en el aire de esta cola. Antes de empezar la hoja siguiente se hacen 12 ó 14 puntos en el aire que componen el tallo; luego se empieza de nuevo una hoja con otro color. Al rededor de cada una de estas se hace con el color mas claro una vuelta de puntos sencillos: las venas se ejecutan por medio de algunos puntos hechos con lana negra. Terminada la guirnalda, se cose en su sitio.

Esta labor se extiende sobre una horma de carton, y á ella se sujeta por algunos puntos.

FLORES DE LANA.

ASTER.

MATERIALES. — Lana céfiro color amarillo oscuro, verde blanco, y dos puntos del punzó ó violeta; alambre.

Los estambres, reproducidos en tamaño natural en uno de los dibujos, se hacen con una borlita de lana atusada; para ejecutar esta borla se dan con la lana amarilla 100 á 112 vueltas al rededor del dedo pulgar, sobre el cual se ha colocado primeramente un pedazo de alambre: se quita la lana del dedo, pero no del alambre, se tuercen juntos los dos cabos de este, y sobre él se anuda la lana, apretándola fuertemente, despues la lana se corta por cima de la ligadura.

Las flores que rodean estos estambres se hacen con fleco no cortado, se le ejecuta de lana doble sobre un molde que tenga centímetro y medio ó poco menos de ancho; la primera vuelta se hace con lana blanca y punzó claro: se necesitan 5 centímetros de fleco: la segunda fila se hace con lana blanca y lana punzó mas oscuro; tiene 6 centímetros y medio de largo: se fijan estas dos filas al rededor del corazon amarillo. Debajo de la 2.ª fila va una 3.ª hecha con lana verde sencilla; su fleco se ejecuta sobre un molde de 2 centímetros de ancho.

Jazmin.

MATERIALES. — Lana céfiro blanca; la misma amarilla.

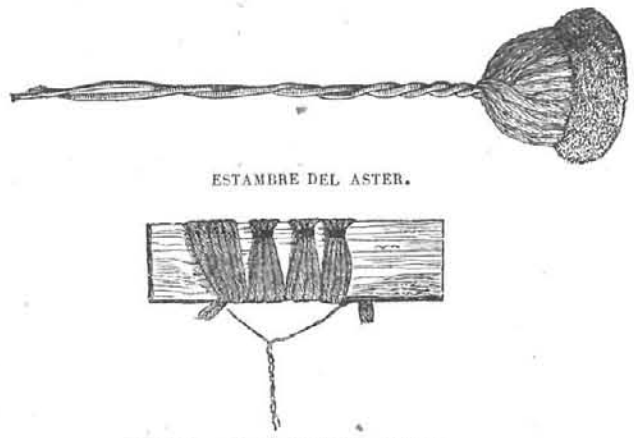
Para ejecutar las flores de 4 hojas se toma un molde plano de un poco mas de un centímetro de ancho; se le rodea 20 á 24 veces con lana blanca y se anudan juntas, en cuatro veces, 4 ó 5 de estas hebras, de modo que queden separadas en 4 partes iguales. Se hacen estos nudos en el borde exterior del molde con seda negra (véase el dibujo). En el lado opuesto del molde se pasa por la lana el pedazo de alambre destinado á formar el tallo; se quita el molde, se tuercen los dos cabos del alambre junto á la lana; en el medio de la flor se hace una cruz ejecutada con lana amarilla. Esta florecilla puede hacerse de cualquier color.

Saltambarca con volantes.

Este modelo se hace de tafetan negro, ó bien de tafetan igual al trage; la guarnicion se compone de

© Biblioteca Nacional de España

ASTER.



ESTAMBRE DEL ASTER.

EJECUCION DE LA FLOR DEL JAZMIN.

JAZMIN.

dos guipures puestos pié contra pié, lijeramente fruncidos, y reunidos por un cordon de pasamanería.

Para él se emplean 5 metros de tafetan que tenga 63 centímetros de ancho. El volante se corta recto, tiene (despues de habársele hecho el dobladillo) 39 á 40 centímetros de alto, 3 metros y 62 centímetros de largo: se frunce dos veces, separando los fruncidos por un espacio de medio centímetro; se le cose á punto atrás. El escote, orlado por un vivo, se guarnece, así como las mangas y el borde superior del volante con los guipures arriba mencionados; estos guipures tienen 4 centímetros de ancho, se los frunce juntos pié sobre pié. La pasamanería puesta en el medio de los guipures se compone de **8** ejecutados con trencilla y cosidos por su medio al cordon. En el escote se ponen presillas y tres botones gruesos.

Alfabeto.

Publicamos hoy un alfabeto de un estilo completamente nuevo. Sirve especialmente para sábanas y fundas de almohadas; estas letras se bordan encima del dobladillo, en el medio de la sábana, es decir, en la parte que dobla sobre la colcha: para la sábana que cubre el colchon, se colocan las letras debajo del dobladillo de arriba, en el medio. En cuanto á las fundas de almohadas, las iniciales se bordan en el medio, junto al borde superior.

LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

CARTAS DE TRES AMIGAS

POR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Véanse los números 25 y 29.)

Pascual permaneció inmóvil: temblaba á la sola idea de ponerse delante del señor Marcial, cuya gruesa voz y áspero genio le aterraban.

Teresita observó su perplegidad y le dijo admirada:

—Qué! No entras?

—No me atrevo, respondió Pascual.

—Por qué?

—Qué dirá tu padre?

—Es verdad, dijo la niña, te puede regañar. Eh! aguarda ahí un poquito que ya bajo yo.

Pascual se acurrucó al lado de su esportilla: hacia un frio cruel y empezaban á caer pequeños copos de nieve.

Pascual pensaba en su madre, en el mortal cuidado en que estaria y sentia brotar de sus ojos lágrimas ardientes que se enfriaban al instante sobre sus megillas; pero en medio de su afliccion, se levantaba la imágen de Teresa como una riente esperanza.

Pronto vió desaparecer la luz de la ventanita y oyó los pasos de la niña, que bajaba la escalera. Pascual se apercibió tambien de su entrada en la cocina, que estaba situada en el patio, y se acercó á la puerta.

La cocina que se hallaba á la izquierda, era muy espaciosa. A un lado habia un inmenso fogon en el que ardian una media carga de sarmientos y dos robustos troncos: es decir, mas leña que la que podia recoger Pascual en un mes de ir al monte con su esportilla.

En derredor del gran fogon y calentándose á su alegre llama, estaban el alcalde, su mujer, que, como ya he dicho, era mas sorda que una puerta, y hasta seis muchachos de diferentes edades.

Cuatro eran ya muy crecidos, y dos de ellos varones y los otros dos hembras.

Estas hilaban.

Aquellos contemplaban las antiguas estampas de un libro viejo titulado *Robinson Crousoé*.

La alcaldesa trabajaba en una calceta de lana.

Dos niñas, menores que las que hilaban, y que podian tener diez y once años, iban y venian poniendo la mesa y arreglando la cena para la familia.

Los otros tres muchachos pequeñitos, de dos á cinco años, eran los que acababa de acostar Teresa.

Sobre uno de los bancos de encina, que rodeaban el fogon, se veia aun una servilleta extendida y los platos que habian empleado los pequeñuelos para su cena.

Teresa entró llevando en la mano un veloncillo de hoja de lata limpio y reluciente, y á su luz pudo verse de cuan admirable hermosura estaba dotada aquella niña.

Un bosque de cabellos castaños y rizados guarnecia su frente: sus ojos, de un azul tan oscuro como el de la pizarra, reian con la plácida alegría de la infancia bajo sus cejas de negra seda: sus redondas megillas frescas y satinadas, eran de nácar con ligeros reflejos de rosa, como esas lámparas de nívea blancura en cuyo fondo se enciende una luz: largas pestañas negras daban una expresion grave á aquel angélico semblante, suavizada por su dulce sonrisa que dejaba ver dos sartas de dientecitos de perlas.

Teresa estaba muy bien vestida: su trage, de percal nuevo, hacia resaltar su gallarda estatura.

Sus piececitos estaban abrigados con gruesos zapatos de cordoban: llevaba al cuello un pañuelo de seda y pendiente de la cintura un delantal, todo ello proporcionado á su edad que no llegaba á los ocho años.

Apenas entró en la cocina, las dos niñas que ponian la mesa se dirigieron á ella á un mismo tiempo.

—Teresa, dijo una, tráeme los vasos.

—Teresa, exclamó la otra, saca pan para cenar.

—Válgame Dios! repuso la niña; ¿por qué no me habeis esperado á la puerta para mandarme algo? ¡Vaya una prisa! Aguardad, que tengo que decir á padre una cosa.

El señor Marcial volvió hácia su hija su gruesa cara al oir estas palabras: y en verdad que aquella cara podia espantar á la persona mas valerosa.

Imaginaos un rostro colorado y muy grande, cortado por dos cejas negras tan unidas que formaban un arco completo bajo su frente: poned bajo las cejas unos ojos negros, pequeños y siempre airados, y una boca enorme que jamás se reia.

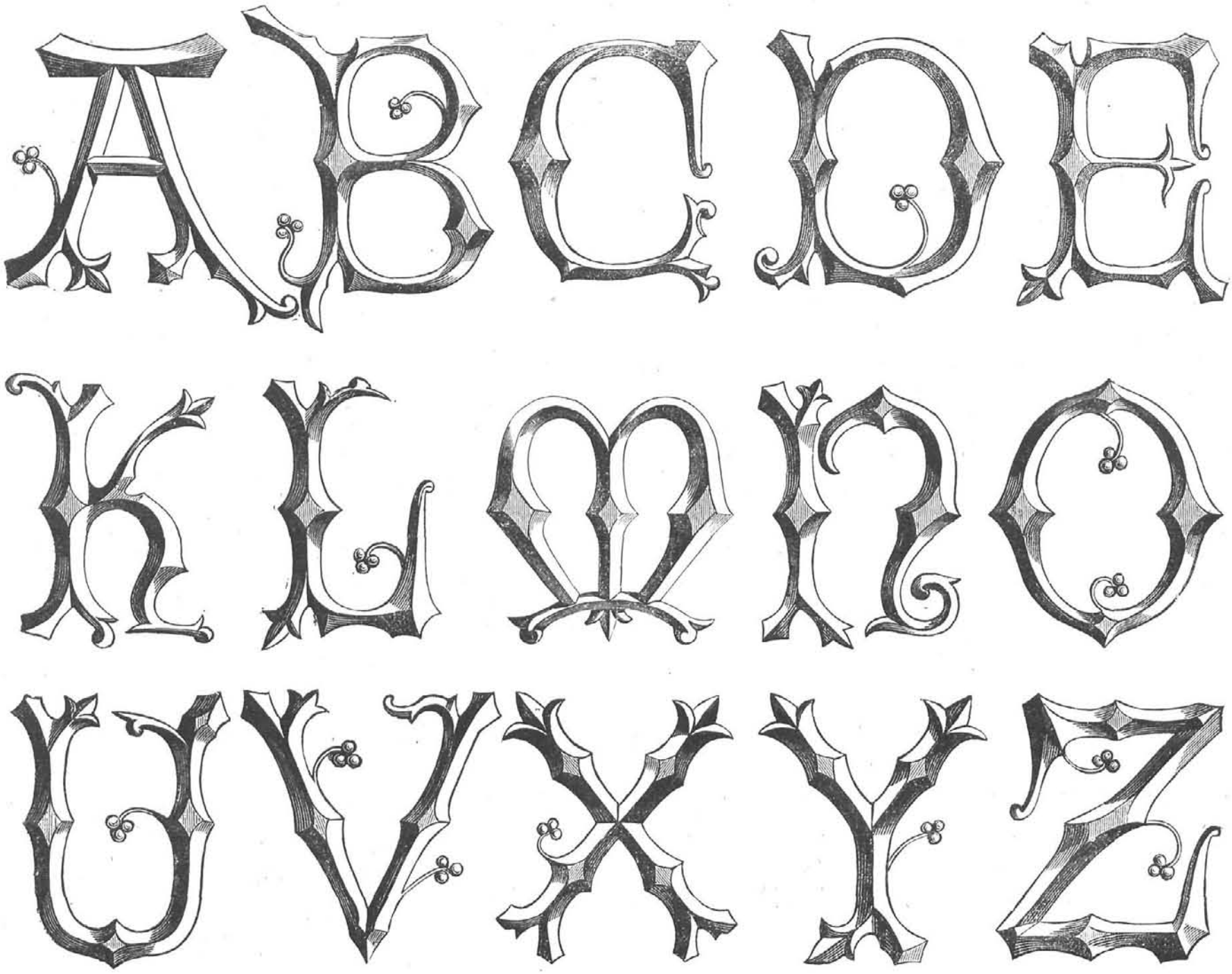
El señor Marcial era además muy alto y corpulento, y cuando los chicos lloraban no habia medio mas eficaz de hacerlos callar que decirles sus madres:

—Si no callas, voy á llamar al alcalde!

El que hubiera observado la prontitud con que las criaturas callaban y no hubiera conocido al alcalde, se hubiera maravillado de lo desarrollado que estaba en aquel pueblo el respeto á la ley; pero despues de ver al señor Marcial, se comprendia fácilmente que era su aspecto y no su vara lo que inspiraba tan profun-

SALTAMBARCA CON VOLANTES.

© Biblioteca Nacional de España



do y extraordinario acatamiento.

Sin embargo, Teresa no pareció asustarse en lo mas mínimo al ver la cara de su padre, porque se acercó á él, le abrazó, le besó en la frente y en las megillas y le dijo:

—Padrecito mio, yo quiero pedir á V. una cosa!

—Qué cosa? preguntó el alcalde limpiándose las extremidades de sus gruesos lábios, pues sentia que la boca se le hacia agua de gusto con los besos de su hija.

Teresa calló y quedó inmóvil con su carita de marfil pegada á la caraza de escarlata de Marcial.

Parecian el angel Gabriel besando al filisteo Goliat.

—Vamos, ¿qué quieres? preguntó la alcaldesa que aunque no oia, conocia las mañas de su hija: ¿te ha pedido limosna algun pobre? anda, dale un pan.

Teresa movió su linda cabecita.

—Chica ¿hablarás? preguntó Marcial con voz de trueno y mirando á su hija.

Pero ésta no se amedrentó tampoco: dió otro beso á su padre y respondió:

—Hablaré cuando me diga V. que sí!

—Padre, dígale V. que sí! exclamaron los dos que miraban las estampas, mire V. que si no, esa pesada nos hará cenar á las doce!

—¡Que sí! dijo el alcalde en voz alta: á ver si acabamos, chiquilla!

—Pues bien, padre; repuso Teresa muy contenta: déjeme V. tomarle los cuartos que lleve en el bolsillo.

Y la niña mimada introdujo sus dedos en el bolsillo del chaleco de pana del alcalde y sacó algunas monedas de cobre.

—¿Qué es eso? preguntó la madre: ¿ese pobre pide cuartos?

—No dejará de salir de apuros! repuso Marcial: no llegan á doce!

—Madre, dijo Teresa sentándose en la falda de la alcaldesa, esto es para Pascual: me dá V. algunos mas?

—Para el hijo de la viuda de García?

—Para el mismo: ha pasado por ahí y como sé que están tan pobres, le he dicho que entrara para darle algo: no ha querido porque el infeliz tiene reparo... y le voy á dar los cuartos; ahora vendrá de vender su leña muerto de frio!

La alcaldesa sacó de su faltriquera algunas monedas de cobre y dijo á su hija:

—Toma: es un chico de lo poco que se vé: luego, como herida por una idea repentina, miró á su marido y le preguntó:

—Dí, Marcial, ¿no hay en casa en qué ocupar á esa criatura para que no vaya al monte? Un dia se lo va á comer un lobo!

Teresa ya no oyó nada de esto: habia salido para dar á Pascual el dinero que ascendia á la respetable suma de tres reales.

—Toma, le dijo: eso para tu madre; ¿porqué no has querido entrar? Vaya! No tengas vergüenza, cenarás con nosotros y te calentarás.

—Si que voy á entrar, repuso Pascual.

Y cogiendo su esportilla llena de pedazos de madera, siguió á la muchacha.

A la puerta de la cocina se detuvo confuso y no se atrevió á dar un paso mas.

Aquella cocina grande, alegre, llena de un calor vivificante y alumbrada por un abundante fuego, le parecia al pobre Pascual, comparada con la covacha que habitaban él y su madre, un palacio fantástico.

Además, la cena del alcalde y su familia exhalaba un perfume delicioso al parecer del desventurado niño que estaba hambriento y helado.

—Vamos, anda! No te quedes ahí parado! dijo la voz terrible del alcalde.

Pascual, mas muerto que vivo, y sintiendo los zumbidos de sus sienes, entró en la cocina y dijo tímidamente:

—¿Dónde me mandan ustedes que eche las astillas?

—Qué, ¿no las has vendido hoy? preguntó uno de los muchachos.

—No, respondió Pascual: me las compraba la hermana del señor cura; pero hoy no la he visto: Dios les pague á ustedes el haberse quedado con ellas, porque si nó no le podia llevar nada á mi pobre madre.

—Oye, Pascual, dijo el alcalde: recoge tu capazo y llévale á tu madre la leña y los cuartos que te ha dado Teresa: y tú, Lucía, dá algo mas á ese pobre chico.

Estas últimas palabras iban dirigidas á la alcaldesa que se levantó y puso en la esportilla de Pascual un pan grande y una lonja de tocino.

El alcalde añadió:

—Mira, desde mañana, no vayas al monte: á las siete te vienes acá todos los dias y te ocuparemos en algo: ahora vete que tu madre estará esperándote llena de pena.

Pascual quedó deslumbrado.

¡No ir al monte!

¡Levantarse á las seis y media en vez de levantarse á las cuatro, es decir, con dos horas de noche!

¡No estar solo todo el dia!

¡No tener por qué temer á los lobos!

¡Qué cúmulo de felicidades para aquella pobrecita alma sumergida, desde que Dios la encerró en su pequeño y débil cuerpo, en las negras tinieblas del dolor!

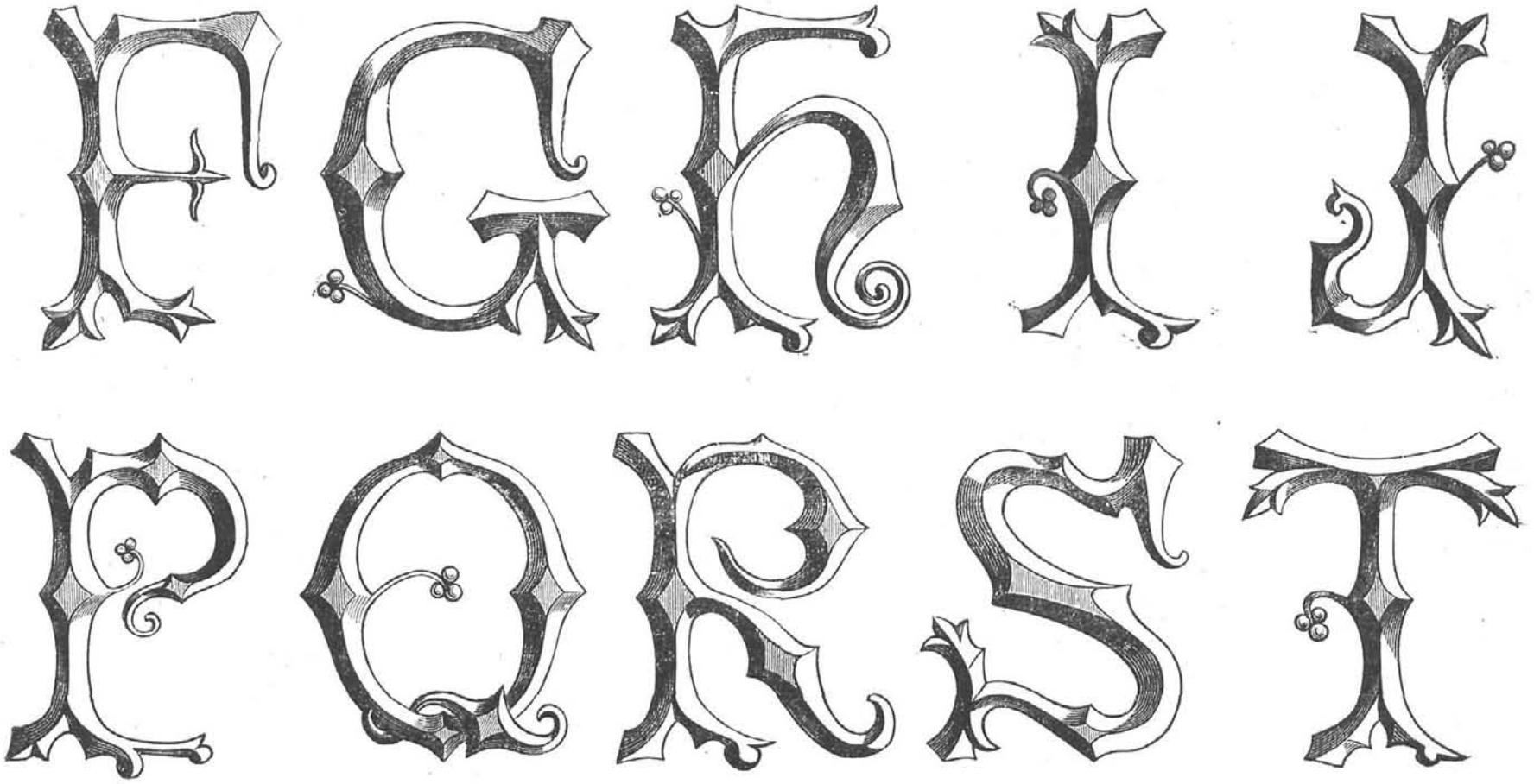
Tan inmenso fué su asombro, que no supo qué responder; pero yo puedo asegurar que, al llegar á la calle, ya no le daba ni pizca de miedo el alcalde.

Pascual se fué corriendo á su casa.

A la puerta encontró llorando desconsoladamente á su madre, en cuya falda puso la leña, el pan, el tocino y los tres reales que habia recibido y despues de abrazarla, le notificó lleno de gozo que desde el dia siguiente le ocupaban en casa del alcalde.

—Eso es una dicha que Dios nos envia, hijo mio!

© Biblioteca Nacional de España



ALFABETO DE ESTILO DE LA EDAD MEDIA Y CORONAS DE CAPRICHO.

exclamó la viuda enjugándose las lágrimas; recemos para darle las gracias por ella y haz todo lo que te manden el señor alcalde, su mujer y sus hijos.

(Se continuará.)

LA CIUDAD DE ALCARAZ.

APUNTES HISTÓRICOS REFERENTES A ESTA POBLACION Y A LOS FUEROS DE SUS MORADORES.

ARTÍCULO 1.

La ciudad de Alcaraz (1) señora en lo antiguo de un vasto territorio, es ahora una pálida sombra de lo que fué, sin embargo de que todavía lleva con cierto orgullo en el escudo de sus armas la siguiente inscripcion: *Clavis Hispaniæ et caput totius Estrematuræ.*

En esas armas ostentaba entonces y acaso guarda hoy con pena un castillo y dos llaves atadas con una cadena, sobre campo rojo. Y decimos que guardará con pena sus honrosos timbres porque es siempre doloroso para el corazon volver los ojos atrás y hallar únicamente los recuerdos del bienestar pasado; bienestar que desaparece en ciertas ocasiones para no volver nunca, como las espirales de humo que se elevan al cielo, se rompen, se desparraman y se pierden por último entre las nubes de los mas lejanos horizontes.

La ciudad de Alcaraz fué rica, tuvo su historia, tuvo un código especial, dió á príncipes y reyes, que la eligieron para *la su moranza*, un título de ciudadanía; y hoy aparece postrada, desierta, silenciosa y oscurecida, ya sepultada en el sueño de la indolencia, ó ya vegetando lenta y perezosamente entre sus propias ruinas.

Desde su altísimo castillo, que se encuentra completamente derruido, se descubria la ciudad llena de vida y animacion, señora, como hemos dicho, de gran multitud de quintas, granjas, aldeas, lugares y villas que respetaban sus órdenes y que en el dia se le han ido segregando como los hijos de la madre flaca y anciana que buscan su acomodo despues de haber recojido su herencia en vida de aquella. Descubriase, pues, la ciudad tendida sobre la falda del cerro que la sustenta; y mas á lo lejos, la vista podia extenderse y recrearse á sus anchas en un magnífico panorama. Por un lado, las sierras no muy elevadas de la Mancha y de Ossa de Montiel; por otro la de Segura y los famosos Montes Marianos; por otro en fin, una frondosa ribera llena de rica, de exhuberante vegetacion, regada por frescas, puras y caudalosas corrientes. Una naturaleza en fin, agreste, ruda, salvage; pero lozana y poética como los bosques primitivos del mundo; cuajada de árboles y de arbustos y de yerbas aromáticas de todas clases, brindando por donde quiera con manantiales y surtidores copiosos, presentando alternativamente quebradas é imponentes eminencias y fértiles y encantados valles; toda poblada de ganados y de animales de caza; toda encantos y galanura, en medio de aquella seveva y gigantesca grandeza en que se envuelven los paises montuosos.

La ciudad, que tiene un aspecto feo porque rezagada en la marcha progresiva de los demás pueblos, quedó estacionaria, ó mejor dicho permaneció en su primer estado desmoronándola despues la mano del tiempo, llegó á tener siete puertas por las cuales penetraron célebres personajes, cerrándose todas en un dia, segun diremos mas adelante, cuando los caballeros que la poblaban, tomando las armas, juraron morir antes que rendir homenaje al príncipe D. Enrique de Aragon, marqués de Villena.

Pero reseñemos por su órden cronológico los principales sucesos de esta ciudad antes de entrar en materia respecto á sus curiosísimas leyes y fueros que es nuestro principal propósito al escribir estos apuntes, tomados á la ligera.

Entre los altos montes que forman la intrincada *Sierra de Alcaraz*, hay algunos, tales como la *Almenara*, *Cerro Venero* y *Peña del Cabron*, donde se han encontrado en sus cumbres, escritos fenicios, en caractéres legibles y auténticos, tallados ó grabados sobre las piedras. La ciudad á que nos referimos aparece luego en tiempos de Augusto formando parte de la Celtiberia, con el nombre de *Urcesa*; nombre que fué sustituido por los árabes con el de *Al-Carrasch, ó Alcaraz*.

En 786 y en años posteriores figura esta poblacion tomando una parte muy activa en las civiles contiendas que sostenian los moros entre sí.

D. Alonso I de Aragon tuvo con estos en 1123 un choque sangriento en las inmediaciones de Alcaraz, obteniendo por resultado la victoria; pero dos años mas tarde, cuando el citado emperador y el rey de Castilla, concertados y avenidos despues de muerta Doña Urraca, procuraron poner coto al poder y demasías de los musulmanes, la fortuna no les fué tan propicia en esta comarca. «El de Aragon (dice Mariana en su historia general de España) rompió por aquella parte que bañan los rios Ciuga y Segre, donde el pueblo de Alcolea, que era vuelto á poder de moros, se recobró. Pasaron al reino de Valencia y de la otra parte del rio Jucar entraron asimismo por la comarca de Murcia. Revolvieron sobre la ciudad de Alcaraz; pero aunque la combatieron, no pudieron salir con ella por la fortaleza de su sitio.»

Segun nuestras noticias, D. Alfonso levantó el cerco en los primeros dias del año 1126.

Cerca de un siglo estuvo esta poblacion, despues de la citada fecha, en poder de los sectarios de Mahoma y sus campiñas y sus huertas fueron taladas y destruidas muchas veces, ya por los cristianos y ya por los mismos moros á quienes azotaba la peste de las contiendas civiles.

Pero llegó un dia en que el rey D. Alfonso VIII de Castilla, incansable y activo como pocos, marchaba de victoria en victoria, ganando terreno por todas partes y acreciendo incesantemente su poderío. Despues de obtener el triunfo inmortal que adquirió en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, ganó á los moros las poblaciones de Ferral, Vilche, Baños y Tolosa. La ciudad de Baeza desamparada de sus hijos, que se acojieron dentro de los muros de Úbeda, vino á poder de los cristianos, y ocho dias despues fueron tambien dueños de esta última poblacion. El rey de Navarra restituyó á D. Alfonso catorce lugares que hacia tiempo se disputaban y el monarca de

(1) Corresponde hoy á la provincia de Albacete.

© Biblioteca Nacional de España

Aragon le acompañó en persona hasta los últimos confines de su reino.

Despues de descansar en Toledo abrió de nuevo D. Alfonso la campaña en los primeros dias del año 1213. Ganó varios pueblos y se presentó por fin delante de Alcaraz resuelto á conquistarla. Iba en su compañía el arzobispo de aquella iglesia D. Rodrigo Jimenez, y llevaba gran fuerza de soldados, entre los cuales se contaban los tercios de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Uclés y otros. Los moros sitiados que creian inexpugnable la plaza y que la tenian guardada con muy crecido número de hombres de guerra, sufrieron y rechazaron con gran denuedo los repetidos ataques de los sitiadores, pero al fin, faltos de número, de fuerzas y de víveres, tuvieron necesidad á los dos meses de rendirse y de franquear sus puertas á D. Alfonso.

Entró este monarca en la ciudad el miércoles 22 de mayo del citado año, precisamente en la víspera del dia de la Ascension. Mandóla poblar de cristianos, la donó al arzobispo para que estuviera bajo su tutela y proteccion, y antes de volverse á su córte, donde le esperaban su esposa Doña Leonor y sus hijos D. Enrique y Doña Berenguela, dió á los moradores de Alcaraz el fuero porque habian de regirse.

Creemos curioso el prólogo que encabezaba esos fueros y antes de proseguir nuestros apuntes históricos nos resolvemos á darle á luz por las siguientes consideraciones. Escrito tal vez por el mismo rey, ó por lo menos bajo su inmediata inspiracion, revela perfectamente el carácter de aquella época y de aquel monarca, entregado todo á las cosas *apuechables*, como él decia, y mezclando lo divino con lo humano continuamente. La humildad y la arrogancia corriendo parejas á toda hora; y al mismo *tiempo el afan de establecer jurisprudencia* y legislacion en aquella época de incesantes guerras y de confusion de razas y religiones. Es además un documento que por su antigüedad merece alguna atencion. Hace seiscientos cincuenta años que fué escrito en lengua latina, y posteriormente fué traducido á la castellana por Bartolomé de Uceda (en 1334.) Este carácter de venerable antigüedad bastaria por sí solo para decidirnos á publicarlo.

Hemos procurado alterar en lo menos posible la ortografía *de ese escrito; pero no obstante* ha sido indispensable hacerlo, siempre que hemos tropezado con las infinitas abreviaturas de palabras, silabas y letras, tan comunes entonces y que ya no se usan.

El prólogo estampado al frente del código de la ciudad de Alcaraz estaba concebido en los términos siguientes:

"O Dios, Señor, uno en esencia y trino en personas, ca eres padre é fijo é spíritu sacro, é assí eres trino, é eres uno porque eres sobre todos un dios é un señor; en lo que eres clamado á un tiempo: fuste comeszamiento porque quesiste entrar é nascer del cuerpo de la vírgen sacra sin corrompimiento, y en lo que eres clamado dios; eres sin comenzamiento, cá siempre fuste é eres é será. Eres sin fin acabamiento, porque tú as de judgar tod el mundo el dia del yudizio, é darás á cada uno segund que meresziere, é tú nunca abrás fin ni acabamiento. Por ende yo á tí ruego que me defiendas é me ayudes por la tu piedat como siempre lo feziste, é lo oviste por costumbre de ayudar al que tú tienes por bien. Dios es comienzo de las cosas é magia é fazedor de todas las figuras é las semejanzas. El qual es lumbre verdadera, é fermosura é dia de los dias. Este libro present ha por maestro é por fazedor al Rey D. Alfonso que fué ondra (1) del siglo é flor de los reyes é olor de buenas virtudes. Este fué amo de los reyes é claridat del sieglo, é regla de las leyes. Este fué mazo del pueblo sobervio é escudo de sus vassallos. Quebrantó (2) la sobervia de los moros é metió só sí todas huestes. Trastornó los regnos, é las podestades, é las villas, é las cibdades, é los señores é los governadores de ellas. Venció á los reyes tiranos por batalla, é metiolos de yuso de su señorío, é dioles leyes por do se guiassen. Assí vencío al Rey de navarra, é assí al Rey de leon, é assí domó al Rey de aragon, é assí al Rey de portogal.

"Cobdicion aquellos á los cuales preñece el estudio la fragua del *engenio*, dejar sierva por floreziellas de palabras, é esfuérzense los maestros que saben noblemiente las artes de las maestrias por decir las palabras floreadas. Cá yo que quiero la cosa aprovechable mas que la dulze é no quiero tardar encubriendo lo que adelant es de dezir, desecho toda la dubda, é las palabras de los viessos versificados de sex pies. Et yo con saña é con mi poco seso emparéjo me á los grandes nombres de los maestros antigos; mas só bien acordado de compassar por buena manera é luego pié á *pié, lo que* derecho es, *desechando* las dubdas de los grandes alongamientos que son muy embargozas, é faziendo licencia, trabajo me en facerlo muy breve mientre. Pues este abreviamiento es mucho de alabar, si lo que es comenzado oviere buen acabamiento, cá assí, dize la sentencia de un sabio. Aquel que mezcló la cosa aprovechable (3) á la dulce volvió tod el punto é toda el escatima. Por ende, porque la memoria de los homes es deleznable, é no siempre firme, é no puede abastar á retener todas las cosas, por *esto es fecho por alvedrío muy* certero las leyes *auténticas* é costituciones é derechos cibdadanos para amansar las contiendas entre los cibdadanos. Et estas todas manaron de la auctoridat de los reyes por sabiduría é por consejo bueno, é fueron escriptas en nobles libros, é fueron defendidas por los reyes, porque los mayores señores é los mas poderosos en ninguna manera no las puedan crebantar, ni por saña ni por arrebatamiento de punto daquí adelante no las puedan desfazer. Por esto el muy noble Rey D. Alfonso, por la gracia de dios el mas poderoso sobre todos los reyes de mar á mar, é el mas alto, é el de mayor fama, el son del cual sonó desde do nace el sol fasta do se pone. Por el señorío del qual los reyes fueron subiugados, é por el gobernamiento del qual las leyes se gozan, é por el qual gobernados los Regnos de los moros enriquecieron por el defendimiento de las pazes, é por el egual derecho, amando tod aquesto, ayuntó la gran costitucion de los fueros, é mandola escrevir toda ordenadament con grand amor, porque sea la egualdat del derecho entre clérigo é lego, entre cibdadano é lavrador, entrel Rico é el pobre. Et si viniere alguna question ó alguna contienda, tan bien en demanda como en fecho, tan bien en pleyto como en acusacion, entre los cibdadanos ó los moradores, toda apellacion tollida sacada aquella que la ley mandara cabadelante, é toda encubierta manifestada, segun la tenor de las escripturas é de las leyes, así como derecho es é regla de fablar á uso, oida la razon de cada parte, convenga de seer acabada por prueba de egualdat. E este Rey de tan noble auctoridat que de mar á mar los reyes enemigos de la cristiandat muchas vegadas provaron su fuerza é del fuero crebantados é temen antel, al qual los reyes é los príncipes cristianos sirven assí como á mas alto; en el cual son las armas de la cavallería é toda la pureza é la bondat; por ende D. Cozrat del noble linaje del emperador de Roma, é con Alfonso Rey de leon gozáronse en recibirle por señor, é besar la su mano, despues de la cerca fecha fué crebantado por muchas augosturas de dentro í de fuera de los enemigos de la cruz. Complidos nueve meses entró la cibdad de Alcaraz é escogio la entre todas, é alabó la por cibdad *alfonsia*, é escogío la para su moranza, é los cibdadanos quiso los, é puso los por pueblo suyo é su pegujar. Et assi la libró por armas de real poderío del poder de los moros, como si la oviesse librado de la servidumbre de babilonia, é del poderío del Rey pharaon. Et alymada toda la suziedad de las ydolas, establecío la por franca é mas libre entre las otras por siempre. Por la cual cosa á conoscer la franqueza de tan gran dignidat, dío este libro de franqueza tractando la tenor é los negocios de tod el pueblo é toda la determinacion aconsejada; porque los iudizios sean derecha mentre determinados á los moradores de Alcaraz, é á los pobladores, tan bien á los presentes como á los que son por venir, é diose lo con plazentera voluntad. Et por Real conveniencia Robró lo para siempre con el scello de la su Real ymagen, é por ende es bien aventurado el libro en esto, porque la ley dize: que el bueno por derecho sea salvo é al que mal diga é haga que sea por yusticia condepnado: que esto assaz conviene á la difinicion de cada uno. Ca la ley es cosa que annade la honestad é defiende la cosa contraria. La yusticia es vertud que dá á cada uno su derecho, dañando á los culpados é absolviendo á los no culpados. Las cuales cosas firme mientre ordenadas á honor de dios é de la eglesia que es sacra madre nuestra, é al acrecimiento de la fé cathólica que en término de Alcaraz de nuevo fué poblada, sirvan á dios bivo é verdadero, el yugo del cual es muy manso y la carga muy liviana. Et assí como obedezcen á los mandamientos de un dios, assí obedezcan á los mandamientos de un Rey é un príncep. Por end agora comencemos la nobleza de la dignidat é el donadío de la *franqueza*.

. . . . . .

Este es prólogo del latin en romance tomado del libro del fuero que dió el buen Rey D. Alfonso al Concejo de Alcaraz. Et devedes saber que prólogo es razon abreviada que dá á entender á los homes quien fizo el libro, é á quien lo fizo, é porqué lo fizo, é comprende la summa de las razones de tod el libro en pocas de palabras."

En el artículo siguiente haremos una breve relacion de las demás noticias históricas que hemos hallado acerca de la ciudad de Alcaraz, para entrar luego mas desembarazadamente en la narracion ó reseña de sus leyes y curiosísimos fueros que vinieron á ser por tantos años regla y norma de las costumbres de sus nuevos pobladores.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

(1) Honra.
(2) En el original se lee *crebantó*.
(3) Apuechable, dice siempre el original.

A SU RETRATO.

SONETO.

Lámina que aun al sol envidia has dado,
Pues por tu ser hermoso el suyo olvida,
¿Cómo, dí, ese traslado está sin vida,
Teniendo allá mi vida ese traslado?

La deidad de que el cielo te ha dotado
Para mí ha sido ofensa conocida,
Que al darte la hermosura mas cumplida,
Ha sido hacerme á mí mas desdichado.

De tu rigor apelo á lo constante,
Justicia del amor, si es que movidos
Tus afectos, no obrare mas amante,

Mas con suspiros ¡ay de mí! perdidos,
Que al rigor nunca niegas el semblante,
Y á la piedad te faltan los oidos.

SEGOVIA Junio 1863. CÁRLOS C. NUÑEZ.

EL OLVIDO.

(EN EL ALBUM DE NARCISA.)

Olvidar quieres, Narcisa,
Pero mal olvidarás
Si quieres; porque ha de ser
Sin querer el olvidar.

Si de querer el olvido
No te olvidas hallarás,
Que se olvida tu memoria
De tu misma voluntad.

Para olvidar tus recuerdos,
Si es que dispuesta á ello estás,
No acordarte del olvido,
Por acuerdo has de tomar.

Si el olvido por bien tienes,
Nunca de él te has de acordar,
Que la memoria del bien,
No será olvido del mal.

Cuando menos lo imagines,
Con el olvido darás,
Que olvidar es una dicha
Que se encuentra sin pensar.

El no querer ese olvido
Ya menos querer será,
Y si logras querer menos,
¿Narcisa, qué quieres mas?

MADRID Junio 1863. CÁRLOS C. NUÑEZ.

LA HOJA.

(*TRADUCCION DEL FRANCÉS.*)

De tu tallo desprendida
Hoja que alegre admiré
¿Do triste vas hoy?—No sé:
La encina que era mi vida
Fué tronchada por el viento,
Y el letal y rudo aliento
Que respira el torbellino,
Me lleva desde aquel dia
Del prado á la selva umbría,
Del monte al valle vecino.
Sin lamento ni congoja
Voy, pues, do le place á él;
A donde todo se aloja,
Do vá del rosal la hoja
Y el follaje del laurel.

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

SONETO.

DEDICADO A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO D. ANTONIO DE LA MORENA.

«Pasan los peregrinos y echan menos
Las sombras de los árboles caidos;»
Cruzan las aves sitios conocidos,
Ayer de flores, y hoy de nieves llenos.

El mar hinchando con furor los senos
Pone espanto en los náufragos rendidos,
Que tierra anhelan ver, puertos queridos
Y cielos trasparentes y serenos.

Tiende por fin en la vejez helada
El hombre por do quier sus tristes ojos
Buscando glorias de la edad pasada;

Y en vez de sombra y flores, solo abrojos
Encuentra en el camino de la nada,
Dando al mar de la muerte sus despojos.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

UN AÑO DE MATRIMONIO,

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—¡Qué burla! exclamó el coronel.

Y luego añadió con amarga ironía.

—Y en suma, ¿porqué no he de celebrar tales disposiciones? ¡Cuántos hombres no hay en el mundo que son dichosos no por el tesoro que poseen, sino por la *conviccion de que excitan la envidia* de los demás! Poco les importa que ese tesoro sea un engaño; lo cierto es que se envanecen de poseerlo. ¿Porqué no haré yo otro tanto? A decir verdad esa felicidad es bien miserable

© Biblioteca Nacional de España

para llenar la vida de un hombre, y yo prefiero mil veces la de aquel que posee muy poco, pero en realidad, y que ese poco le basta para embellecer su vida confundiéndola con la del objeto amado... pero ¡cómo ha de ser! á falta de una se toma otra; á cada cual su suerte y no me quejo de la mia, si bien habria preferido muy distinta.

Lavinia se puso pálida al oir esta inesperada explosion de sentimientos tumultuosos y contrarios. ¿Qué debia hacer? ¿cómo debia obrar con aquel hombre tan susceptible? ¿debia dejar pasar en silencio tan amargas palabras? ¿no habria parecido esto la prueba de una ligereza que no estaba seguramente en su carácter? ¿debia disculparse ó explicarse? ¿debia mostrarse triste, turbada y ofendida como lo estaba en realidad? Pero en este caso ¿no era dar demasiada importancia á unas expresiones cuyo recuerdo debia borrarse de la mente de entrámbos?

Desde luego, lo que hizo fué recobrar el imperio sobre sí misma, y al cabo de algunos instantes de pausa, exclamó con un acento que habia logrado hacer firme, pero cuyo timbre rico y sonoro daba á sus palabras una solemnidad conmovedora:

—Hermann, estais descontento; pero os pido que abandoneis esos sentimientos de hostilidad antes de entrar en casa, que dejeis aquí toda vuestra ira y vuestro encono.

—Da la vuelta á la iglesia, gritó el coronel al cochero que tomaba como de costumbre la soberbia avenida de cedros que conducia al palacio.

Lavinia no se explicaba bien el motivo de esta órden.

Las altas torrecillas de Rosenborg asoman ya por entre los árboles y la iglesia se hallaba en una direccion contraria. ¿Queria hacer tiempo para calmarse antes de entrar en casa?

Entre tanto habia olvidado su súplica ó no queria respender á ella.

Lavinia pronunció algunas palabras mas, sin obtener ninguna atencion por su parte, y entonces se debió confesar que aquel principio no prometia nada bueno para lo sucesivo.

Sin embargo, los caballos arrastraban rápidamente el coche de los viajeros, y estos se hallaron en breve delante de la iglesia, antiguo templo gótico á que daban sombra encinas seculares, cuyas oscuras copas prestaban un carácter mas sombrío aun al lúgubre aspecto que ya tenia la capilla.

—¡Deteneos! gritó el coronel.

Y al oir esta imperiosa voz de mando Lavinia se extremeció; ni ella misma habria sabido decir lo que creia ó lo que temia, pero lo cierto es que la inexplicable conducta del coronel la aterraba.

—Si lo permitis, visitaremos juntos el sepulcro de mi mujer.

Lavinia se levantó inmediatamente; por penosa que fuera para ella la visita propuesta no podia evitarla, y así fué que no hizo la menor objecion; el coronel se colocó al estribo para ofrecerla la mano con toda ceremonia, y juntos subieron los escalones del cementerio.

El cierzo del otoño habia arrancado ya las flores que adornaban las tumbas; los árboles sin hojas habian cubierto con los despojos de sus ramas la fúnebre tierra; algunas cruces estaban hechas pedazos por el suelo, á punto de perderse en los lugares donde yacian aquellos cuya memoria debian perpetuar; lo atmósfera fria y nebulosa parecia envolver el horizonte, como las tumbas, con un velo mortuorio.

—Aquí es, dijo el coronel deteniéndose delante de una verja que protegia una tumba ricamente adornada; aquí descansa, aquí duerme mi pobre Carlota.

Lavinia se apoyó en los hierros, y se puso á contemplar con dolor aquel lecho eterno de la madre de los hijos que ella debia considerar como suyos, y cuanto mas miraba, mas se oprimia su corazon con los mil pensamientos que asaltaban su mente.

—Quizá os extraña, la dijo el coronel con un acento triste pero exento de toda amargura, quizá os extraña que os haya invitado á hacer tan triste visita aun antes de haberos introducido en la morada que dejó Carlota antes de ocupar este negro y frio retiro; pero he preferido este lugar á ningun otro para las reclamaciones que tengo que haceros.

Lavinia alzó la cabeza: su marido estaba delante de ella grave y pálido, en una actitud firme y recojida; toda señal de cólera habia desaparecido de su semblante.

—No os ha engañado la opinion pública al atribuirme un carácter severo y exigente; sin embargo, como ya os dije el dia de nuestras bodas, habria podido no serlo siempre, pero callo mis esperanzas, con tanta mas razon, cuanto que no son ellas las que debeis conocer, sino mi pasado. Quizá hice mal en manifestaros que nadie habia tratado de comprenderme; creo que Carlota lo habria deseado, pero habia al mismo tiempo en nuestros caractéres muchas analogías y muchas diferencias. Creo que la felicidad nace mas bien de la asociacion de naturalezas opuestas íntimamente, unidas y confundidas por el amor, por un amor profundo...

Al llegar aquí hizo una pausa y luego prosiguió:

—Solo al cabo de largos y terribles combates he logrado triunfar en parte de la violencia natural de mi carácter, y dominar las fulminantes explosiones de una naturaleza impetuosa; mas unido á una mujer que se arrebataba cuando yo me arrebataba, que se irritaba al mismo tiempo que yo, que se convertia en mármol cuando yo me calmaba, para volver á empezar de nuevo cuando otra vez me agitaba la ira... Pero basta, me habeis comprendido ya, y sin duda sabeis tambien porqué he llorado dos largos dias á una mujer tan poco amada. Aquí, sobre esta tumba (y su voz era suave hasta lo sumo), aquí, Lavinia, he derramado lágrimas de arrepentimiento, y la pesadumbre que corroe lentamente el corazon triunfa de su violencia.

Se calló, y Lavinia no se atrevia á mirarle ni á responderle. El sonido de su voz era tan penetrante, que la jóven se hallaba profundamente conmovida y principiaba á sentir en su corazon una compasion involuntaria, una simpatía irresistible. Ahora le comprendia; ahora comprendia la oposicion aparente de su carácter y sus maneras; él tambien habia tenido que sufrir horrorosos combates...

El coronel continuó diciendo:

—Aun no he concluido lo que os tengo que decir. La experiencia habia sido para mí una dura madrastra; creia poder contar con ella, y seguro de que Carlota me habia perdonado hacia tiempo las penas involuntarias que la causé, sentí renacer en mí una necesidad profunda, un deseo absorbente de felicidad, que pensaba alcanzar, aunque hasta entonces siempre me habia huido. Vi muchas mujeres, pero mi corazon permanecia frio, y á la edad de veinte y nueve años no he sentido aun el amor, que ha sido sin embargo la preocupacion constante de mi vida. Cuando oí hablar de vos, Lavinia, se excitó mi curiosidad por vuestra conducta despues de la muerte de vuestro prometido. Una mujer cuya voluntad era tan poderosa debia tener un carácter notable, pues sabia que vuestra conducta no procedia ni de ligereza ni de olvido, sino del triunfo de la razon sobre el peligroso extravío de un sentimiento. Resolví conoceros. Vuestra hermosura me dejó admirado, pero, como ya os he dicho, sin trastornar profundamente mi corazon; era demasiado fria, así como eran vuestro trato muy reservado y vuestra gravedad muy austera para turbar un corazon que tan dificilmente se conmueve; sin embargo, vuestra dulzura femenina, y la superioridad de vuestro entendimiento y vuestro cariño á Rodolfo, me infundian poco á poco la conviccion de que vos sola podiais hacer mi felicidad. Entonces pedí vuestra mano, bien resuelto á haceros dichosa. Nuestras disposiciones recíprocas no fueron un secreto para nosotros, ninguna ilusion nos cegaba, y bajo este concepto, yo esperaba que una vez comprometidos, vendrian á entenderse nuestros corazones. Sin embargo, no fué así; ví que tratábais de dilatar la hora de nuestro enlace; pero al fin llegó, y con ella las revelaciones que me habeis hecho con una franqueza excesiva; no lo digo para echárosla en cara, aunque habria dado la mitad de mi vida por no oirlas nunca. Todo esto tiene por objeto explicaros bien un carácter cuya violencia dominada con dificultad se despierta fácilmente, y advertiros que solo mediante concesiones mútuas podremos asegurar la paz en nuestra corta union. Ahora voy á conduciros á vuestra casa... pero antes, permitidme que insista en una súplica: sed buena con mis pobres hijas, á fin de que pueda volver sin remordimientos á este lugar adonde os he traido, y á fin tambien de que merezcais, á falta de mi amor que habeis rechazado cruelmente, mi gratitud y mi estimacion.

Lavinia estaba tan conmovida, que no pudo hacer mas que balbucear estas palabras:

—Ese deber será para mi tan grato como sagrado; no abrigueis temor alguno.

Hermann pareció oir con gusto esta contestacion; pero sin añadir nada mas á lo que habia dicho, tomó el brazo de su esposa y la llevó al carruaje, al cual subieron entrámbos.

Cuando se sentaba en el coche Lavinia se decia:

—Hé aquí el segundo dia del año, por consiguiente me quedan aun once meses y veinte y ocho dias.

En vez del hermoso camino que habian seguido hasta entonces, el carruaje acababa de tomar un estrecho y tortuoso sendero; por ámbos lados se elevaban abismos salvajes y pintorescos peñascos, cuyo aspecto era mas imponente que tranquilizador, sobre todo por el punto que los descubria entonces Lavinia. En breve llegaron á un sitio donde uno de los torrentes que tanto agradaban al dueño de Rosenborg, habia salido de madre y habia invadido el camino y la campiña próxima que se hallaba trasformado en una inmensa laguna.

El postillon se detuvo ignorando si por el camino inundado podria pasar un carruaje, y no se atrevia á continuar sin que lo mandaran.

—Johnson, exclamó el coronel sacando la cabeza por la portezuela, muy malo está el camino.

—Muy malo, repitió Johnson con un gesto que significaba: Hace rato os lo habria dicho ya, si fuérais hombre capaz de escuchar lo que os dicen.

Lavinia se alarmaba sériamente. Era imposible que el carruaje diese la vuelta en el camino donde estaba, y aun cuando hubiera podido darla, ella no se habria atrevido á pedírselo á Hermann que parecia resuelto á seguir adelante.

—Desengancha uno de los caballos, exclamó el coronel abriendo la portezuela y apeándose.

Y al mismo tiempo decia á Lavinia:

—Tranquilizaos y confiad en mí; os aseguro que no hay ningun peligro.

—Si me lo asegurais no temo nada.

Hermann se sonrió y repuso:

—Sin embargo, no pretendo obligaros á que permanezcais sola en el carruaje: montad conmigo en el caballo que acaban de sacar del tiro.

Y la tendió la mano, la puso como si fuera una criatura sobre el hermoso caballo que el criado le habia preparado, y poco á poco comenzó á atravesar la improvisada laguna.

Dejó á la jóven tranquila ya sobre la tierra firme, y viendo que el coche no podia salir de entre las piedras llevadas por el torrente sobre el camino, y que á cada paso amenazaba desquiciarse, entró en el agua hasta medio cuerpo, y cojiendo por el freno á los caballos espantados, los guió con mano tan segura como vigorosa por en medio del lago.

—Ya veis qne no habia ningun peligro, dijo friamente á Lavinia; subid al coche, y como en el estado en que me hallo seria yo un compañero poco agradable, me permitireis que os deje acabar sola el poco camino que teneis que andar.

Y al pronunciar estas palabras cerró la portezuela, se inclinó ligeramente, y saltó al caballo que acababa de dejar Lavinia.

Al cabo de un cuarto de hora de camino, como una decoracion que se abre de repente para que aparezca en el fondo de la escena un palacio encantado, Rosenborg se destacó de súbito por entre el cortinaje de árboles y de rocas que le ocultaban á la vista, ostentándose en toda su hermosura, con su blanca fachada, sus relucientes techumbres, sus grandiosos balcones de piedra esculpida que tenia en el primer piso, las ventanas artísticamente adornadas, y su imponente fondo de bosques, colinas, anchas avenidas, soberbios estanques, verjas y pórticos inmensos.

Se abrió la portezuela y se bajó el estribo: el ama del palacio habia llegado.

VII.

En los dos últimos escalones del peristilo habia dos personas cuyo aspecto llamó la atencion de Lavinia. Una de ellas era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de cabello lacio de un rubio vulgar, que estrechaba con la mano izquierda su levita sobre su corazon, en tanto que con la ayuda de su derecha hizo describir á su sombrero un semi-círculo tan perfecto como el que presentaba toda su endeble persona inclinada en un profundo saludo. La elocuente urbanidad de esta salutacion aumentada aun por el aspecto impasible del que le hacia, igualaba apenas la presurosa cortesía de la señora que estaba á su lado y cuya inclinacion no fué menor, pues el alto casco de su papalina se alzó perpendicularmente hácia las nubes al hacer el saludo que duró un minuto.

Lavinia no pudo contener una sonrisa.

—¿Las niñas están buenas? preguntó el coronel.

Y sobre la respuesta afirmativa, se volvió á su señora y la presentó los dos personajes diciéndola:

—Mi mayordomo el sargento Stacke, y mi camarera Teresa Brunsberg.

—Segun veo, el coronel ha elegido el mal camino, exclamó el sargento contemplando los vestidos empapados en agua de su amo.

—Y por eso llega de un modo que hace poco honor á la casa, repuso Teresa con una libertad que probaba que la severidad del coronel no la impedia en manera alguna el expresar sus pensamientos.

Entre tanto Hermann conducia á Lavinia hácia un vasto salon, cuya inmensa puerta de dos hojas habia abierto la criada; pero en el momento de entrar soltó el brazo de la jóven, y deteniéndose en el umbral la dijo:

—Permitidme que os deje sola un instante á menos que no querais hacer conocimiento con mis niñas mientras voy á mudarme de ropa.

Teresa cerró la puerta, y entonces pudo dirijir á Lavinia con un tono de matrona el discurso de felicitacion con que habia querido recibirla, y que contenia las mas vivas protestas de afecto y consideracion.

Despues tomando aliento, preguntó si debia ir á buscar á las niñas.

—No, respondió Lavinia, me toca á mí ir á ellas; me hareis el favor de acompañarme hasta su cuarto.

Las habitaciones que atravesó eran elegantes, y estaban animadas por la abundante luz que dejaban penetrar en ellas grandes ventanas; todo allí era de buen gusto, cómodo y nuevo como si se hubiera preparado para recibir á la jóven lo mas dignamente posible.

Pero el corazon de Lavinia estaba triste y sombrío; ante aquellas disposiciones tomadas para distraer una existencia que la parecia difícil de soportar, ella habria querido exclamar como su marido:

—¡Qué burla!

La conversacion que habia tenido en el campo santo con el coronel la parecia aumentar mas y mas la distancia que los separaba.

—¿Cómo podrán venir nunca la confianza ó la intimidad, se decia, cuando hay que pesar cada palabra antes de proferirla, para no despertar la susceptibilidad ó la cólera de un hombre tan iracundo?

Y luego con desaliento añadia:

—No le hace, probaremos.

A todo esto atravesaba el comedor, dos ó tres salones adornados con un lujo artístico, y llegaba al fin al dormitorio, que tenia soberbias proporciones. Sin embargo, en aquella gran cama coronadas de doradas esfinges y envuelta en inmensos cortinajes de color escarlata. Lavinia creyó ver como una sombría vision, la blanca forma de la mujer que la habia precedido en todos los deberes que ella habia aceptado.

—Este era el cuarto, sin duda, de la primera mujer de mi marido, exclamó mientras miraba lentamente el oscuro lecho, la mesa de tocador, el sofá y los grandes sillones.

—No por cierto, respondió Teresa celebrando encontrar por fin la ocasion de decir algo; jamás mi difunta señora se acostó en este cuarto, y ni vió siquiera uno de sus muebles. Habitaba con el amo el dormitorio que está al otro lado del salon principal, donde está todo como el dia de su muerte, pues no se ha querido tocar á nada. Sí, puedo decir que el señor coronel no ha permitido

© Biblioteca Nacional de España

que sacara de allí ni una silla ni un vaso; quiere que lo vean todo las señoritas como en tiempo de su madre. Aquí por el contrario, todo es nuevo, desde la cama hasta el reló.

Lavinia respiró gozosa; en el fondo de su corazon dió gracias á su marido por su atencion, y como en aquel instante un rayo de sol que se abrió paso por entre las nubes viniera á hacer brillar las esfinges doradas y á iluminar los negros pliegues de las cortinas, todo tomó á sus ojos un aspecto distinto, y debió confesarse que aquella habitacion era un modelo de lujo y de buen gusto.

—Este gabinete separa vuestro cuarto del de las señoritas, dijo Teresa abriendo la puerta de una piececilla llena de estantes de libros y adornada con pinturas y flores, que le parecieron á Lavinia el colmo de la hermosura.

—No se oye á las niñas, sin duda son muy juiciosas, exclamó Lavinia que se figuraba ya dos angelitos rubios, con megillas sonrosadas y cuello de alabastro.

—Sí, lo son, contestó Teresa; Evelina dá un poco que hacer á su doncella, pero Carlota es la niña mas sosegada del mundo. ¿Quereis entrar?

Los angelitos eran dos pobres criaturas de aspecto endeble, de rostro pálido ajado, que estaban sentadas sobre un alfombra en medio de una porcion de juguetes, de los que no hacian ningun caso.

(*Se continuará.*)

REFLEXIONES SUELTAS SOBRE LA MODA.

Al estampar la palabra *moda* por cabeza de este artículo, no nos proponemos ciertamente hablar del periódico en que escribimos, y que lleva este título desde su fundacion, que ya cuenta algunas decenas de años.

Vamos á ocuparnos brevemente de la moda, considerada como un uso accidentalmente en favor, como divinidad inconstante y caprichosa, que precisamente por estas dos circunstancias está, puede decirse, encarnada en la humana naturaleza, la cual apetece la variedad ante todo.

La moda, por tanto, no se recinta al estrecho círculo del vestir, no se limita al corte del trage, á la forma del sombrero; su dominio se extiende mucho mas allá del lazo, del moño, del prendido, sino que tambien sujeta á su imperio las costumbres públicas y privadas, la literatura, las artes, y hasta suele ejercer su influjo en los sistemas filosóficos y en las creencias de los pueblos.

La tarea, como ya se colige, pudiera dar mucho de sí; pero nosotros ni alcanzaríamos á llenarla, ni para ello nos darian espacio las columnas de un periódico que no sufre artículos largos; nos habremos de limitar por tanto, cumpliendo nuestro epígrafe, con emitir algunas reflexiones sueltas respecto á este asunto.

Los que miran á la moda bajo el punto de vista puramente femenino, nos dicen que ella es siempre jóven y bella, lo cual consiste en que la ven al través de la mujer que la usa. En efecto, en todas las épocas del mundo ha habido mujeres jóvenes y bellas, ni mas ni menos que hoy las hay, y como las tales, desde Eva acá, han llevado trages, han prestado á estos una parte de la hermosura que en la mujer encantaba. Esto no ha pasado de un mero *quid pro quo*, que la experiencia se encarga de demostrar cada dia. Ábranse sinó las colecciones de figurines de modas usadas, aunque no sea mas que en lo que va de siglo acá; véanse á los principios de él aquellas sayas de medio paso en que se enfardelaban las mujeres y cuyo fleco dejaba imprudente descubrir mas de la mitad de la pierna; obsérvense aquellos talles entre los cuales y el escote apenas mediaban cuatro dedos de corpiño; regístrense aquellas cabezas redondas y aquellos peinados anillados, sóbre cuya parte anterior se levantaba amenazante la colosal *caramba*, y un grito de horror ó una carcajada de burla saldrá de todas las bocas en son de anatema contra aquel mal gusto, contra aquella ridícula moda. Y sin embargo, aquel equipo era tenido por suprema elegancia, y encantaba los ojos de los abuelos de esos que hoy se rien.

¿Pues qué dirán los tales de aquellos peinados de tres lazos, que sobre armazones de alambre se elevaban erguidos en el vértice de la cabeza? ¿Qué de aquellas mangas huecas á modo de faroles, armadas sobre miriñaques, en cuyo voluminoso vientre (y esto es histórico) llevaban las elegantes hasta un par de zapatos de reserva? ¿No llorais de risa, oh jovenes, al tropezar con semejantes figurines, que los archivos de la moda conservan como documento fehaciente de las extravagancias de hace treinta años? Pues decimos lo de antes: no se creia entonces que pudiera inventarse nada mas bello, mas gracioso, nada que pudiera hacer mas favor al bello sexo, nada mas á propósito para realzar sus encantos: ¿y porqué? ¿Porque todos esos que hoy mirais como absurdos, como mamarrachos, como abortos del gasto, los usaban mujeres tan bellas por lo menos como las que hoy admirais por tales; porque el secreto de la bondad de la moda, el motivo del placer que os causa, no está en el corte del vestido, no está en el peinado, no está en la forma del sombrero; está en ellas y solo en ellas.

Vosotras, elegantes de hoy, tipos perfectos de la moda actual, si quereis juzgar por vosotras mismas de la exactitud de nuestro aserto, guardad por curiosidad algun retrato vuestro, y de aquí á treinta ó cuarenta años sacadlo á luz, comparadlo con los figurines de entonces, y escondeos para no oir las burlas que de vuestra actual elegancia haga la nueva generacion que por aquel tiempo bulla y se agite en los bailes, dé el tono en los paseos y se lleve tras sí los ojos en los palcos de los teatros. ¿Direis entonces que la moda es siempre jóven y bella? Nó, porque ya no sereis ni una cosa ni otra.

La moda, pues, no se perfecciona, no mejora; no hace sino mudar. Mil industrias que viven de ella tienen un interés inmediato en que no se estacione, en que no se detenga sino breves momentos; por eso la empujan, y por eso ella no puede pararse nunca en su camino; es el judío errante cargado de telas, de flores y de moños.

Nada decimos aquí de las modas de los vestidos masculinos, por esos exigirian un capítulo tan largo por lo menos como el anterior, y eso que acerca de él solo hemos señalado ciertos puntos mas culminantes. Con solo tomar el hilo desde las enormes pelucas á lo Luis XIV, siguiendo de aquí por las bolsas y los rizos encañonados, continuando con las coletas de rabo, y viniendo despues hasta el peinado *á la bombé*, nos encontraríamos, sin salir de las cabezas, con larga materia para el desarrollo de nuestro asunto. Y sin embargo, con aquellas coletas y con aquellos fraques con faldones hasta los tobillos, y con aquellas solapas de seis dedos, y con aquellos corbatines y cuellos de camisa que tapaban las orejas, parecian muy bien á las damas, y eran tenidos por elegantísimos y apuestos.

Pero hemos dicho que la moda no se recinta solo al vestir, y esta es una verdad que no necesita probarse. En los estudios clásicos, por ejemplo, reinó en cierta época la moda, á términos de no tenerse por bueno sino lo que era griego ó romano. A fuerza de leerlos y de admirarlos, los eruditos establecieron por regla general que en literatura no habia mas que aquello, condenóse la espontaneidad de los frutos literarios de todas las épocas que no eran aquellas, y una educacion semejante tendió á inculcar en los pueblos modernos costumbres é instituciones que no estaban en armonía con su civilizacion. Esta habria sido una moda como otra cualquiera, y á la que nosotros perdonaríamos como tal, á no haber producido ciertas consecuencias que pasaron algo mas allá de lo puramente literario. Díganlo sinó los últimos años del postrer siglo.

Vino algun tiempo despues la moda del romanticismo con todas sus exageraciones, y este género de literatura influyó en las costumbres, como no podia menos de suceder. Las grandes pasiones no vieron otra perspectiva que el puñal, la pistola y el doméstico fósforo; los desgreñados y ojerosos prosélitos de esta escuela pretendieron hacerse pasar por genios lanzados á la tierra por la cólera del destino, ó por caractéres sublimes á quienes el mundo no comprendia. La reaccion del buen sentido hizo justicia de aquella secta, y el ridículo acabó con una moda que vivió mas de lo que merecia.

Largo es aun el asunto y breve el espacio; quizá no sea este, por tanto, el único artículo que consagremos á semejante objeto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE SEÑORITA. Trage de muselina estampada, fondo blanco y dibujos rosa: la enagua vá guarnecida con seis volantes encañonados, cada uno de un centímetro menos que el anterior, es decir que disminuyen de ancho subiendo hácia el talle.

CORPIÑO ESCOTADO. Fichú María-Antonieta igual al trage. Mangas semi-anchas, abiertas y guarnecidas con un volante encañonado con cabeza. Sombrero redondo de paja, adornado con un gran copo de rosas. Sombrilla de muselina blanca forrada de tafetan rosa.

TRAGE DE GASA DE SEDA BLANCA CON RAYITAS NEGRAS. La enagua se guarnece con tres volantes fruncidos, sobre los cuales corre un rizado; corpiño montante, abotonado, con cinturon; mangas semi-anchas; la sisa se guarnece con un rizado; el borde inferior de las mangas se adorna con un volante, y sobre él un rizado. Manteleta de cabos anchos igual al trage, con una guarnicion semejante á la de este. Sombrero de paja de Italia, forma María Estuardo, adornado con plumas azules; bridas tambien azules. Mangas interiores de muselina, con puños de lienzo cubiertos de guipur; el lienzo se recorta bajo los dibujos del guipur. Cuello igual, recto por detrás, con puntas por delante.

NOTA. Los volantes encañonados están en mayoría para las telas algo tupidas; en cambio los fruncidos se usan sobre los trages ligeros, como el de nuestro figurin.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba, n. 1.

OBSEQUIO
A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Hemos reimpreso los números que se agotaron de la *Moda Elegante* respectivos á 1861 y 1862, y en su consecuencia nos hallamos en el caso de poder ofrecer á nuestros suscritores los dos tomos de dichos años, ya encuadernados y francos de portes, **por la cantidad de 80 rs. vn.**, remitidos al hacer el pedido en libranzas ó sellos de cualquiera clase.—Los referidos tomos contienen mas de 1.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **60 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas. Hay algunas colecciones con figurines iluminados las cuales cederemos por 20 rvn. de mas.

Los que solo quieran el tomo de 1861 se les remitirá por 19 rs. sin figurines iluminados, y por 25 con ellos en razon á ser de menos volúmen que el de 1862.

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

Las cartas que contengan sellos de correo deben certificarse para evitar estravíos.

Los pedidos se dirigirán á D. Manuel Torrijos, calle Mayor núm. 81—MADRID.

O bien al Administrador de La Moda—CADIZ.

En América fijan los precios los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España